

mira temblando, al que servimos de rodillas; que puede hacer caer nuestras cabezas á una sola señal; que vive solo, soberbio y envuelto en su terrible majestad; que hace sentir el peso de su voluntad á más de medio mundo; pues bien, ese hombre me dá celos, á mí, que soy un miserable lacayo.

CÉSAR. Estás celoso del rey!

RUY. Estoy celoso porque amo á su esposa.

CÉSAR. Desdichado!

RUY. Escucha. Todos los dias la espero por verla pasar; creo que estoy loco. Esa infeliz mujer vive condenada á eterno fastidio: pienso en ella todas las noches. Vive en esta corte falsa y corrompida, casada con un rey que pasa el tiempo cazando, que es un imbécil y un viejo á los treinta años; un hombre tan inhábil para vivir como para reinar. ¡Es terrible desgracia para una mujer hermosa y jóven haber entregado la mano á Carlos II! Todas las tardes la veo cuando vá á las monjas del Rosario... No sé cómo nació en mí esta pasion insensata, pero juzga hasta dónde llega. Ando diariamente una legua de camino, voy hasta Carabanchel para coger flores azules de Alemania, que le gustan en extremo; hago un ramillete, y por la noche me descuelgo como un ladrón en el jardín real y lo dejo en el banco favorito de mi soberana. Ayer, compadécete de mí, ayer me atreví á meter entre las flores una carta. Te advierto que para llegar al banco predilecto de la reina es preciso escalar las altas tapias del parque, coronadas de puntas de hierro, con las que quizás me destrozará algun dia. ¿Encontró ella mis flores y mi carta? No lo sé. ¡Te habrás convencido ya de que soy un insensato!...

CÉSAR. Pues esa aventura está erizada de peligros; ándate con piés de plomo. El conde de Oñate tambien la ama; guárdale de él, porque pudieran ahorcarte antes de que tus ramos se marchiten. ¡Nunca me hubiera imaginado que te pudiese ocurrir amar á la reina! ¿Cómo diablos ha sido eso?

RUY. Lo ignoro. Venderia mi alma al demonio por ser uno de esos jóvenes gentiles-hombres, lujosos, ricos y orgullosos, porque así podria acercarme á la reina. ¡Pero cómo me he de acercar con esta vil librea, siendo un miserable lacayo!... (Aproximándose á D. CÉSAR.) ¿Me preguntas por qué la amo y desde cuándo? Desde cierto dia... pero esto, qué te importa! Siempre has tenido la mania de martiri-

zar preguntando. La amo locamente, con delirio; basta que te diga esto.

CÉSAR. Bien; no te incomodes.

RUY. (Cayendo abatido en un sillón.) Sufro mucho; perdóname, ó mejor dicho, vete, huye de mí. Abandona á este miserable loco, que con espanto siente pasiones de rey, vistiendo la librea de lacayo.

CÉSAR. ¡Abandonarte yo, que no he sufrido porque no he amado nunca; yo, que soy un pobre cascabel al que le falta dentro lo que suena; que soy un pordiosero, que voy mendigando amor, no sé dónde, y á quien de vez en cuando el destino le arroja una moneda de cobre; yo, que tengo el alma apagada y el corazón insensible; yo que te envidio tanto como te compadezco!... ¡No puedo abandonararte, Ruy Blas!

Momentos de silencio, durante los que permanecen con las manos estrechadas y mirándose los dos con tristeza y afecto. Sale D. SALUSTIO; avanza lentamente, contemplando á D. CÉSAR y á RUY BLAS, que no le ven. Lleva en la mano un sombrero y una espada, que deja sobre un sillón, y en la otra una bolsa, que deposita sobre la mesa.

SAL. Ahí tienes el dinero.

Al oír á D. SALUSTIO, RUY BLAS se levanta sobresaltado; se queda de pié con los ojos inclinados al suelo y en actitud de respeto.

CÉSAR. (¡Que me lleve el diablo si este hombre no nos ha estado oyendo desde la puerta!) D. Salustio, muchas gracias.

Abre la bolsa y derrama el dinero encima de la mesa, arrojándolo en montones; entre tanto D. SALUSTIO vá al fondo de la habitación, abre la puertecilla de la derecha, hace una señal y salen tres alguaciles con espadas y vestidos de negro. D. SALUSTIO les señala á D. CÉSAR. RUY BLAS, que permanece de pié cerca de la mesa como una estatua, no vé ni repara en nada de lo que sucede.

SAL. (A los alguaciles.) Cuando salga ese hombre que está contando el dinero, le seguireis y os apoderais de él sin usar de la violencia, y por el camino más corto le conduciréis á Dénia.

Les entrega un pergamino sellado.

Aquí os entrego la orden escrita y firmada por mí. Sin hacer caso de sus lamentos ni de lo que os diga, cuando llegueis á alta mar lo vendereis á los corsarios de Africa. Os ganareis mil piastras.

Los tres alguaciles saludan y se van.

CÉSAR. (Acabando de arreglar las pilas de ducados.) Es muy divertido formar en columnas escudos propios.

Hace dos partes, y volviéndose hácia RUY BLAS, le dice:

La mitad de estos escudos es para tí.

RUY. Cómo!

CÉSAR. Tómala, y así puedes ser libre.

SAL. (Que los observa desde el foro.) (Diablo!)
RUY. No; mi corazón es lo que deseo que sea libre. Mi destino es permanecer aquí, y aquí me quedo.

CÉSAR. Bien; sigue los caprichos de tu fantasía. ¡Si eres loco ó eres sábio, solo Dios lo sabe!

Recoge el dinero en la bolsa y se lo mete en el bolsillo.

SAL. (Se parecen bastante; tienen el mismo aire, la misma fisonomía.)

CÉSAR. (A RUY BLAS.) Adios.

RUY. Dame la mano y adios.

Se estrechan las manos y D. CÉSAR sale sin ver á D. SALUSTIO, que se oculta al ver que se despiden.

ESCENA IV.

RUY BLAS y D. SALUSTIO.

SAL. Ruy Blas!

RUY. Señor!

SAL. Cuando has venido esta mañana no recuerdo si habia ya amanecido.

RUY. Todavía no, señor; silenciosamente entregué vuestro pase al portero y me dejó subir.

SAL. Ibas embozado en la capa?

RUY. Sí, señor.

SAL. ¿Nadie en palacio te ha visto entrar con esa librea?

RUY. Nadie me ha visto ni en el palacio ni en Madrid.

SAL. Bien. Cierra aquella puerta. (Señalando la puerta por donde salió D. CÉSAR.) Quitate esa casaca. (RUY BLAS obedece.) A ver si tienes buena letra; escribe. (Hace sentar á RUY BLAS en la mesa, en la que hay recado de escribir.) Me vas á servir de secretario, y para que empieces á ocuparte de este cargo, voy á dictarte una carta amorosa. Como no quiero ocultarte nada, te diré que es para la reina de mi corazón, para la hermosa doña Práxedes. Escribe, que voy á dictarte: "Amenaza mi vida inminente peligro; solo vos, reina mia, podeis librarme de él, viniendo esta noche á mi casa; si no os aventurais á eso, sin remedio estoy perdido. Mi vida y mi corazón pongo á vuestros piés, que beso." (Declamando.) Inventar un riesgo es una buena estratagema para hacerla venir á mi casa, pues es sabido que las mujeres desean salvar al que las pierde. Sigue escribiendo: "Entrareis de noche, sin que nadie os vea, por la puerta de la calle, que os abrirá una persona de toda mi confianza." (Declamando.) Me gusta esta estratagema!

Ahora firma el billete.
RUY. ¿Con vuestro nombre y apellido?

SAL. No; firma solo: César. Es mi nombre de guerra.

RUY. ¿Esa dama no extrañará la letra?

SAL. No... le escribo con diferentes letras. Ruy Blas, esta noche voy á salir de Madrid, y te dejo aquí, porque he formado sobre tí proyectos que indudablemente te halagarán. Vas á cambiar muy pronto de posición, pero es necesario que me obedezcas en todo. Como en tí he visto un servidor discreto, fiel y reservado...

RUY. (Inclinándose.) De ello puede estar seguro vuestra excelencia.

SAL. Pues bien, deseo hacer tu fortuna.

RUY. Dónde he de llevar esta carta?

SAL. De eso yo me encargaré. ¡Voy á hacerte feliz! (Pausa. Indica á RUY BLAS que se siente otra vez junto á la mesa.) Escribe: "Yo, Ruy Blas, lacayo, que estoy al servicio del señor marqués de Finlas, en todas ocasiones, secreta ó públicamente, me comprometo á servirle como un buen criado." Firmalo con tu nombre y apellido y pon la fecha. (Pausa.) Dame lo que has escrito.

(Dobla el papel y la carta que acaba de escribir RUY BLAS y los mete en su cartera.) Me acaban de devolver una espada; la he dejado en ese sillón. (Señala el sillón en que dejó la espada y el sombrero; vá allí y toma la espada.) ¿Qué te parece esta flor que tiene la empuñadura? Es obra del mejor cincelador de España. (Ciñe á RUY BLAS una banda bordada, de la que pende la espada.) A ver cómo te sienta... Muy bien. Nadie dirá que no eres un caballero... Oigo pasos... pronto debe pasar ya la reina... es el marqués del Basto.

Se abre la gran puerta vidriera del fondo. D. SALUSTIO se quita la capa y se la pone á RUY BLAS antes de aparecer el MARQUÉS DEL BASTO. Despues se vá recto hasta éste, arrastrando tras sí al estupefacto RUY BLAS.

ESCENA V.

Dichos, EL MARQUÉS DEL BASTO, luego EL MARQUÉS DE SANTA-CRUZ, despues EL CONDE DE ALBA y toda la corte.

SAL. Permitidme, marqués, que os presente á mi primo D. César, conde de Garofa.

Señalando á RUY BLAS.

RUY. (Qué oigo!)

SAL. (Silencio.) (A RUY BLAS.)

BASTO. Celebro infinito, señor conde... (Le dá la mano á RUY BLAS, el que se la toma confuso y aturdido.)

SAL. (Sigue la farsa y saludale.)

(A RUY BLAS.)

BASTO. Profesé mucho afecto á

vuestra madre. (Bajo á D. SALUSTIO.) Ha cambiado mucho, y no le hubiera conocido.

SAL. (Al MARQUÉS.) ¡Tantos años de ausencia!...

BASTO. Es claro!

SAL. Pues ya está aquí. Ya recordéis que era un derrochador y que vivía con un lujo que deslumbraba á todo Madrid; por eso en menos de tres años devoró su fortuna. Ahora acaba de llegar de las Indias.

RUY. Señor...

SAL. Llámame primo, que parece que te hayas olvidado de que lo somos; ya sabes que los Bazanes fueron nuestros ascendientes.

RUY. (Dónde irá á parar todo esto?)

Mientras D. SALUSTIO está hablando, se le acercan el MARQUÉS DE SANTA-CRUZ y D. ALVARO BAZÁN, que es un anciano con bigote blanco y con gran peluca.

SANTA-CRUZ. No conozco muy bien esa genealogía; pero si es primo vuestro, también lo es mio.

SAL. Cierto, pues provenimos del mismo tronco. Aquí teneis á D. César. (Presentándole á RUY BLAS.)

SANTA. ¿No será el que creíamos muerto?

SAL. Sí, ese es.

SANTA. Pues de dónde viene?

SAL. De las Indias.

SANTA. (Examinando á RUY BLAS.) Efectivamente, es el mismo.

SAL. Lo reconocéis?

SANTA. Ya lo creo! ¡Le he visto nacer! Dame la mano, primo mio. (Alargando la mano á RUY BLAS.)

RUY. (Inclinándose.) Señor...

SANTA. ¡Mucho me alegro de volverte á ver!

SAL. (Leva aparte al MARQUÉS y le dice en voz baja:) (Voy á pagar á todos sus acreedores. En la posición que ocupais también podeis serle útil, y si hubiera vacante algun empleo cerca del rey ó de la reina...)

SANTA. (No lo olvidaré, y mucho menos siendo como es de la familia.)

SAL. (Os lo recomiendo, ya que teneis tanta influencia en el Consejo de Castilla.)

Se separa del MARQUÉS DE SANTA-CRUZ y se dirige á otros caballeros, á los que presenta á RUY BLAS, entre ellos al CONDE DE ALBA, que lleva un traje riquísimo y muchas condecoraciones.

Señores, este jóven es mi primo César, conde de Garofa.

Los caballeros saludan á RUY BLAS, que corresponde asombrado.

SAL. Es preciosa esa ropilla, señor conde.

ALBA. Pues tenía otra más preciosa aun, pero me la robó Matalobos.

Sale un UJIER y anuncia desde el fondo:

UJIER. La reina se acerca, señores.

SAL. (Bajo á RUY BLAS.) ¿Es que cuando crece tu fortuna mengua tu alma? Despierta, Ruy Blas. Salgo de Madrid, pero te dejo mi casa reservada; de ella no me llevo nada más que las llaves de las puertas secretas. De todo lo demás dispon. No tardarás en recibir órdenes mías; me encargo de hacer tu fortuna, con la condicion de que cumplas siempre mi voluntad. Sube muy alto y nada temas. Aprovechate de esta ocasion propicia. La corte es un pais que recorremos sin ver nunca claro, andando siempre con los ojos vendados; pero yo me encargo de ver por tí.

EL UJIER. (Desde el fondo.) La reina!

RUY. (La reina!)

La REINA atraviesa por el foro rodeada de camareras y de gentiles-hombres de cámara, bajo un pálio de terciopelo de color de escarlata, que llevan cuatro nobles que van descubiertos. RUY BLAS, aturrido y deslumbrado, la contempla estático. Se cubren los grandes de España, MARQUÉS DEL BASTO, CONDE DE ALBA, MARQUÉS DE SANTA-CRUZ y D. SALUSTIO: éste último vá al sillón donde dejó el sombrero y se lo pone en la cabeza á RUY BLAS.

SAL. ¿En qué estais pensando, D. César? Cubridos, que os olvidais que sois grande de España.

RUY. (¿Qué me mandais que haga, señor?) (A D. SALUSTIO.)

SAL. (Señalándole la REINA, que atraviesa lentamente la galería.) Te mando que enamores á esa mujer y que consigas ser su amante.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La reina de España

Salon contiguo al dormitorio de la REINA, con una pequeña puerta á la izquierda que comunica con él, y con otra á la derecha que dá á los departamentos exteriores. En el fondo grandes ventanas abiertas. Una gran mesa, sillones, un altar con una imagen, á cuyo pié se lee: *Santa María Esclava*; en el lado opuesto una Virgen, ante la cual arde una lámpara de oro, y junto á ésta un retrato de cuerpo entero de Carlos II. Es una hermosa tarde de verano.—La REINA DOÑA MARÍA aparece sentada al lado de CASILDA, jóven y hermosa camarista. La REINA lleva vestido blanco recamado de plata; está bordando é interrumpe á menudo su tarea. Al lado opuesto está sentada DOÑA ANA DE ALBURQUERQUE, camarera mayor, trabajando en una tapicería; es anciana y viste de negro. Varias dueñas á su alrededor se ocupan en labores mu-

jeriles. En el fondo se pasea D. GURITÁN, conde de Oñate, mayordomo, flaco y alto y de bigotes canosos; de aspecto militar, pero vestido con exagerada elegancia.

ESCENA PRIMERA.

La REINA, la DUQUESA DE ALBURQUERQUE, D. GURITÁN, CASILDA y dueñas.

REINA. Ahora que salió ya de Madrid el marqués de Finlas y que debiera estar tranquila, me pesa haberle desterrado de la corte.

CASILDA. ¿Fué desterrado por vuestra voluntad?

REINA. Sí; pero ese hombre me destesta.

CAS. Vuestra majestad...

REINA. Ese marqués, Casilda, ha sido para mí el ángel malo. El otro dia, á pesar de que tenía que partir á la siguiente mañana, asistió como ordinariamente al besamanos. Todos los grandes se adelantaban por orden hácia el trono, y cuando yo, triste, pero tranquila, les presentaba la mano para que la besasen, ví que él se me acercaba con pasos lentos, con ademan grave y con miradas siniestras, se bajó para besarme la mano y me pareció sentir en ella la baba ponzoñosa de la víbora.

CAS. Asistió al besamanos cumpliendo con su deber.

REINA. Aquella fué la última vez que le ví, pero desde entonces me tiene preocupada. Muchas veces me digo á mí misma: Ese hombre es perverso y yo soy una débil mujer. Se me presenta en sueños besándome la mano, lanzándome miradas de odio y de venganza, y siento que su beso glacial, corriendo por las venas, me llega al corazón. Qué dices á esto, Casilda?

CAS. Que esos son pensamientos imaginarios.

REINA. Sufro otros pesares más reales. (Debo callar lo que más me atormenta.) ¿Se han ido esos mendigos que no se atrevían á acercásemme?

CAS. Todavía están en la plaza.

REINA. Pues toma, échales este bolsillo.

CASILDA toma la bolsa que le dá la REINA y por la ventana se la arroja á los pobres.

CAS. Ya que prodigais las limosnas con tanta liberalidad, ¿por qué no concedéis la limosna de una palabra afectuosa al conde de Oñate, á ese anciano valiente...?

REINA. Es un hombre muy fastidioso.

CAS. Es verdad. Pero habladle.

REINA. (Volviéndose hácia D. GURITÁN.) Buenas tardes, conde de Oñate. (D. GURITÁN se acerca á la REINA, haciendo tres cortesías, y suspirando le besa la mano; luego se vuelve al lado de la camarera mayor.)

GURITÁN. (A CASILDA.) (Hoy está hermosísima la reina.)

CAS. (Con poco se satisface el pobre conde.)

REINA. (Calla!)

CAS. (Para ser feliz le basta veros y contemplaros.)

Se fija en una cajita que hay encima de una rinconera.

Qué preciosa caja!

REINA. Aquí tengo la llave.

CAS. Es de madera exquisita.

REINA. (Entregando la llave á CASILDA.) Abrela y verás que contiene varias reliquias que voy á enviar á mi padre á Neuburgo. Vé á mi gabinete y tráeme un libro... ¡pero estoy loca! No hay allí un libro alemán, todos son españoles. El rey está cazando... Siempre está ausente! ¡Esto es un fastidio! ¡En seis meses apenas le he visto doce días!

CAS. ¡No vale la pena de casarse con un rey para vivir así!

La REINA queda pensativa. Despues de una larga pausa exclama:

REINA. Quiero salir!

Al decir esto con tono imperioso, la DUQUESA DE ALBURQUERQUE se levanta.

ALBURQUERQUE. Para que pueda salir la reina, segun el ceremonial de etiqueta, deben abrir las puertas los grandes de España que sean caballeros de la Llave, y ahora no hay ninguno en palacio.

REINA. Entonces estoy encerrada! ¿Se proponen, duquesa, que me muera aquí de fastidio?

ALBUR. Soy la camarera mayor y cumplo con los deberes de mi cargo.

Se vuelve á sentar.

REINA. Entonces venga un *lansquenet*; acérquense aquí mis damas y vamos á jugar.

ALBUR. (A las dueñas.) No os movais de vuestros sitios, señoras. (Vuelve á levantarse y dice:) Segun la antigua costumbre de España, su majestad la reina no puede jugar más que con reyes ó con parientes del rey.

REINA. Pues que vengan esos parientes.

CAS. (Maldita vieja!)

ALBUR. (Haciendo la señal de la cruz.) Señora, Dios no se los ha concedido al actual soberano, que desde la muerte de la reina madre ha quedado solo en la real familia.

REINA. Entonces que me traigan algo que comer.

CAS. Eso será mejor.

REINA. Te convidó, Casilda.

CAS. (Veremos qué dice ahora la respetable vieja.)

ALBUR. (Levantándose.) Cuando no está el rey, es costumbre que la reina coma sola.

REINA. Entonces de nada soy dueña! Ni puedo salir, ni jugar, ni comer cuando tengo gana; verdaderamente esto es insoportable. Qué haremos, Casilda? A ver si te ocurre alguna idea.

CAS. Ved si esta os complace; ya que en ausencia del rey gobernais el reino, haced que vengan los ministros, y quizás así os distraigais.

REINA. Vaya una distracción! No tengo gana de ver ante mí ocho caras siniestras que me hablen de Francia, de su rey, de Roma ó del retrato del archiduque, que pasean procesionalmente por Burgos bajo pálio. Piensa otra cosa.

CAS. ¿Por qué no haceis que suba algún escudero joven que disipe vuestro tedio?

REINA. Casilda!

CAS. Deseo ya, señora, ver algún rostro joven; estoy ya cansada y aburrida de no ver en la corte más que caras viejas, y parece que se envejece más pronto viviendo entre ancianos.

REINA. Ríe como una loca, hasta que llegue para tí el día en que el corazón se reconcentre y pierdas el sueño y la alegría. Toda mi felicidad consiste hoy en llegar á un rincón del parque, á donde se me permite ir sola.

CAS. Ni eso me parece felicidad, ni el sitio hermoso.

REINA. Pues quisiera ir á él con mucha frecuencia.

CAS. (En voz baja.) (Queréis salir? pues bien, hablemos en voz baja. No hay como estar encerradas en sombrías prisiones para pensar en el medio de librarse del encierro; meditando sobre esto, encontré y poseo una alhaja llamada la llave de los campos: cuando gustéis podremos salir de noche, sin que nadie nos lo impida, y dar una vuelta por la villa y corte. Cuando saldremos?)

REINA. (Nunca! Cállate por Dios!)

CAS. (Pues es muy fácil.)

REINA. (Silencio.) (Se separa de CASILDA y vuelve á sumirse en sus meditaciones.) (Ojalá en vez de encontrarme entre estos grandes que me amedrentan, estuviera con mis queridos padres en Alemania, corriendo con mi hermana por los campos y hablando con los labriegos. Llevaba allí una vida deliciosa, hasta que una tarde se me apareció

un hombre vestido de negro, que me dijo con tono profético: "Señora, vais á ser reina de España." Mi padre no cabía en sí de gozo, pero mi madre lloraba... ¡Ahora llorarán los dos, ahora soy reina, pero antes era libre!... Voy á enviarles esa cajita y se alegrarán... ¡Me muero de fastidio!) (Oyese un canto lejano.) Quién canta?

CAS. Son las lavanderas que pasan.

El canto se vá aproximando y la REINA lo escucha con atención.

VOCES DESDE FUERA.

¿Para qué quiero ir al bosque á oír cantar al ruiseñor, si no hay pájaro que cante como tu preciosa voz?

—
¿Para qué de las estrellas quiero admirar el fulgor? Más que las estrellas, niña, brillantes tus ojos son.

—
¿Para qué mirar que en Mayo se abre en el jardín la flor, cuando veo que florece tu amoroso corazón?

—
El pájaro que en tí canta, la estrella que en tí irradió, la flor que se abrió en tu alma, se llama, niña, el Amor.

REINA. (Pensativa.) El amor!... ¡Esas pobres mujeres son felices! Su canción me consuela y me entristece al mismo tiempo.

ALBUR. (A las dueñas.) Que hagan alejar á esas mujeres, que están importunando á la reina.

REINA. No, no... Quiero, duquesa, que las dejen en paz. (A CASILDA, señalándole la ventana del foro.) Por allí el bosque es menos espeso y quizá podremos verlas.

Dirigese con CASILDA á la ventana.

ALBUR. (Poniéndose en pié.) La reina de España no debe asomarse á la ventana.

REINA. (Retrocediendo.) ¡No puedo disfrutar de lo que disfruta cualquiera! Para mí no existe el mundo, y no puedo contemplar las obras de Dios ni las maravillas de la naturaleza.

ALBUR. Salid todos, que hoy es el día de los Santos Apóstoles.

REINA. (A CASILDA, que se marcha.) ¿También tú te vas?

CAS. ¡Señora, como nos mandan salir de aquí!...

ALBUR. Debemos dejar á la reina sola para que se entregue á sus devociones.

Se van todas haciendo profundas reverencias.

ESCENA II.

La REINA sola.

¿Para que me entregue á mis devociones? Mejor hubiera dicho para que me entregue á mis pensamientos. ¡Cómo huir de ellos ahora que estoy sola! (Pausa.) Veo siempre ante mí la huella sangrienta de una mano impresa en la pared... Se habrá herido, Dios mío? Pero él tiene la culpa; ¿por qué escala una tapia tan alta? ¿Por qué se arriesga por traerme las flores que aquí no me quieren dar? Debe haberse herido con las puntas de hierro que coronan el cercado, porque de una de ellas vi que colgaba un girón de encaje. Una sola gota de sangre que haya derramado por mí merece todas mis lágrimas. (Quédase pensativa. Pausa.) ¡Cada vez que me dirijo al banco á buscar los ramilletes me prometo no volver, y siempre vuelvo! ¿Pero qué le habrá sucedido que no ha acudido al parque hace tres días?... Quizás esté herido... Desconocido joven, quien quiera que seas, que así arriesgas la vida por traer flores á la reina, sin pedirle nada y sin tener esperanza; ¡deseo que te ame tu madre como yo te bendigo! (Llevándose la mano al corazón.) ¡Su carta me abrasa! (Pausa.) ¡No puedo desear de la imaginación al implacable Don Salustio! La suerte al mismo tiempo me protege y me persigue: me siguen al mismo tiempo un ángel y un espectro horrible, y sin verles me agitan, para conducirme quizás á algún acontecimiento supremo, el hombre que me odia y el hombre que me ama. ¿Me salvará el uno del otro? Lo ignoro; solo sé que dos vientos opuestos impelen la nave de mi destino. ¡Dios mío, qué débil es una reina!... Voy á orar. (Se arrodilla delante de la Virgen.) Socorredme, Señora, que no me atrevo á levantar los ojos hasta vos. (Interrumpiéndose.) ¡Dios mío, el encaje, la flor, la carta, todo me abrasa! (Saca del pecho un billete, un ramillete de flores secas y un girón de encaje, los pone encima de la mesa y vuelve á arrodillarse.) ¡Socorredme, Virgen Santa! (Interrumpiéndose otra vez.) No puedo separar la vista de esa carta que me fascina... pero no, no quiero leerla otra vez. (Se arrodilla.) ¡Oh cariñosa Reina, amparo de los desgraciados, os invoco; venid á socorrerme! (Se levanta, camina hácia la mesa, luego se para, hasta que por fin se precipita sobre la carta, cediendo á un irresistible impulso.) Voy á leerla por última vez y en seguida la rasgaré... ¡hace un mes que estoy diciéndolo mismo!... (Desdobra la carta

TOMO III.

y lee.) "Señora, á vuestros piés, envuelto en las sombras del misterio, se agita un hombre que sufre, vil gusano que se ha enamorado de una estrella; que por vos perdería, si fuera necesario, la vida y el alma, y que muere en la tierra mientras vos estais brillando en el cielo." (Deja el billete sobre la mesa.) Cuando el alma está sedienta, tiene que apagar su sed aunque sea con un veneno. (Esconde el billete y el encaje en el pecho.) No tengo á nadie en el mundo, y necesito amar á alguno: si el rey hubiera querido, le hubiera amado; pero me abandona y me priva de su cariño.

Se abre la puerta grande de dos hojas del foro y aparece un UJIER.

EL UJIER. (En voz alta.) ¡Una carta del rey!

REINA. (Como despertando sobresaltada y lanzando un grito de alegría.) Del rey! Me he salvado!

ESCENA III.

La REINA, la DUQUESA DE ALBURQUERQUE, CASILDA, DON GURITÁN, damas de la REINA, pajes y RUY BLAS.

Entran y avanzan lentamente. RUY BLAS se queda en el foro; vá magníficamente vestido. Dos pajes llevan la carta del rey encima de un almohadón de brocado de oro y se arrodillan delante de la REINA á cierta distancia.

RUY. (Qué hermosa está! ¡Cómo he podido llegar hasta aquí!)

REINA. Dadme pronto esa carta.

Volviéndose hácia el retrato del rey.

Gracias, señor. ¿De dónde viene la carta?

ALBUR. De Aranjuez, donde está cazando su majestad.

REINA. Le doy las más sinceras gracias, porque ha comprendido que podía disipar mi aburrimiento con algunas frases cariñosas. ¿Por qué no me entregais esa carta?

ALBUR. Requiere la costumbre que yo la abra y la lea.

REINA. También esto!... Pues leedla.

CAS. (Será algún billete amoroso.)

ALBUR. (Leyendo.) "Señora: Reina un viento muy fuerte; pero esto no obstante, he matado seis lobos.—CÁRLOS."

REINA. (Dios mío!)

GUR. No dice nada más?

ALBUR. Nada más, señor conde.

CAS. (No encuentra mejor medio de curar á un corazón aburrido y enamorado que hacerle saber que ha muerto seis lobos.)

ALBUR. (Presentándole la carta á la REINA.) Si la quiere conservar vuestra majestad...

REINA. (Desechando la carta.) No, duquesa.

CAS. Pero no contiene otra cosa?

92

ALBUR. Qué más ha de contener? Nuestro soberano está cazando y en el camino escribe lo que mata y el tiempo que hace... Digo escribe? Pues lo dije mal; debí decir, dicta.

REINA. (Tomando la carta á la DUQUESA.) Efectivamente, la letra no es suya; solo ha escrito la firma.

Examinando la letra y, con asombro, dice aparte:

(No es ilusion! ¡Esta misma es la letra de la otra carta!)

Indicando la que se escondió en el pecho.

(Qué será esto?) ¿Dónde está el portador de esta carta? (A la DUQUESA.)

ALBUR. Ahí está. (Señalando á RUY BLAS.)

REINA. (Volviéndose hácia él.) Es ese jóven?

ALBUR. El la ha traído; es un nuevo escudero que proporciona su majestad á la reina, y que el marqués de Santa-Cruz me recomienda de parte del rey.

REINA. Cómo se llama?

ALBUR. D. César de Bazán, conde de Garofa; si hemos de creer lo que de él se dice, es un perfecto gentil-hombre.

REINA. Bien; deseo hablarle. Señor conde... (A RUY BLAS.)

RUY. (Extremeciéndose.) ¡Me quiere hablar, Dios mio! estoy temblando!

ALBUR. (A RUY BLAS.) Conde, acercaos.

GUR. (Mirando de reojo á RUY BLAS.) ¡Jóven y escudero!... Esto no me conviene!

REINA. (A RUY BLAS.) ¿Venís de Aranjuez?

RUY. (Inclinándose.) Sí, señora.

REINA. ¿Ha dictado el rey para mí estos renglones?

RUY. Montado á caballo, dictó esa carta á los que estábamos más cerca.

REINA. (Sus miradas me llegan al corazón sin saber por qué.) Bien... ¿Podéis decirme si había allí muchos caballeros y quiénes eran? (No sé por qué me conmuevo mirando á ese jóven.)

RUY. No sé quiénes son, porque he estado muy poco tiempo entre ellos; solo hace tres días que he salido de Madrid.

REINA. (Tres días!)

RUY. ¡Pertenece á otro; los celos me despedazan el corazón!

GUR. (Acercándose á RUY BLAS.) Sois escudero de la reina y conoceréis las obligaciones de vuestro cargo; sabéis que esta noche debéis permanecer en la cámara contigua, para poder abrir al rey cuando venga á visitar á su esposa.

RUY. (Abrir yo al rey!) Sí... pero ahora está ausente.

GUR. Puede llegar de improviso.

RUY. (Ah!)

GUR. (Observándole.) (Qué tiene?)

REINA. (Que tiene fijas las miradas en RUY BLAS.) (Ha perdido el color!)

RUY BLAS, desfallecido, apoya el brazo en un sillón.

CAS. (A la REINA.) Me parece que ese caballero se siente mal.

RUY. (Pudiendo apenas tenerse en pié.) No, no; sin duda el aire... el sol... el largo camino... (Abrir yo al rey!)

Cae sin fuerzas en el sillón; al caer se desabrocha el ferreruero y deja ver una mano vendada y ensangrentada.

CAS. Está herido!

REINA. Herido!

CAS. Pierde el conocimiento! Hagámosle aspirar alguna esencia.

REINA. (Registrando su gorguera.) Aquí debo tener un frasco... (Se fija en la manga de encaje que lleva RUY BLAS en el brazo derecho.) (El encaje es igual.)

Al sacar con precipitación el frasco, saca también el girón de encaje; lo vé RUY BLAS y ya no aparta la vista de la REINA.

RUY. (Ah!)

REINA. (Es él!)

RUY. (Lo guardaba!)

REINA. (Es él!)

RUY. ¡Quisiera morir en este momento!

En el desórden y confusión que reina en las mujeres que rodean á RUY BLAS nadie nota lo que sucede entre la REINA y él.

CAS. (Haciendo aspirar el frasco á RUY BLAS.) ¿Dónde os heristeis? ¿Es reciente la herida ó se os ha abierto en el camino? ¿Por qué os encargásteis de traer el mensaje á su majestad?

REINA. Acabareis de preguntar?

ALBUR. (A CASILDA.) Todo eso nada le importa á la reina.

REINA. Pudiendo escribir la carta, bien pudo traerla.

CAS. No ha dicho que la haya escrito.

REINA. (A CASILDA.) Silencio!

CAS. Estais mejor?

RUY. Acabo de recobrar la vida.

REINA. (A las damas.) Es hora de que nos retiremos de aquí. Ya que se ha restablecido el conde, que le conduzcan á su habitación. (A los pajes, que están en el fondo de la escena.) Ya sabéis que el rey no vendrá esta noche y que pasará cazando toda la estación.

(Se vá con su séquito á las habitaciones interiores.)

CAS. (La reina está preocupada.)

Se vá por donde se fueron los demás, llevándose la caja de reliquias. RUY BLAS, al quedarse solo, coge el pedazo de encaje que dejó caer la REINA al suelo, lo mira, lo besa y exclama:

RUY. ¡Dios quiera que no me vuelva loco de alegría! (Se lo esconde en el pecho. Entra DON GURITÁN por la misma puerta que salió acompañando á la REINA. Se acerca á RUY BLAS sin hablarle, compara la espada que lleva con la de RUY BLAS y éste le mira con asombro.)

ESCENA IV.

RUY BLAS y D. GURITÁN.

GUR. Traeré dos espadas iguales.

RUY. ¿Queréis decirme qué significa esa pantomima?

GUR. (Gravemente.) El año 1650 vivía yo en Alicante y estuve perdidamente enamorado. Un jóven apuesto y buen mozo perseguía al objeto de mis amores en la calle y en la iglesia; era muy altivo, aunque bastardo, y se llamaba Vazquez. Pues lo maté. (RUY BLAS quiere interrumpirle, pero D. GURITÁN le hace un gesto que le obliga á callar.) Mas tarde, el año 1670, un caballero, el conde Guíscola, tuvo la osadía de enviar un billete amoroso á otra mujer que yo amaba y que se llamaba Angélica; ella me lo enseñó y el conde murió también á mis manos.

RUY. Señor conde de Oñate...

GUR. Posteriormente, en 1680, creí que una mujer que me correspondía otorgaba sus favores á un buen mozo, que se llamaba D. Tirso Gamonal; pues bien, también maté á D. Tirso.

RUY. Qué significa todo esto?

GUR. Esto significa, señor conde, que mañana sale el sol á las cuatro de la madrugada, que conozco detrás de la capilla un sitio desierto y separado de los caminos, muy á propósito para que se encuentren en él dos valientes, y que si vos sois un caballero, yo también lo soy, y me llamo D. Gaspar de Guritán Tarsis y Guevara, conde de Oñate.

RUY. (Con frialdad.) Pues bien; no faltará.

Hace pocos instantes CASILDA ha aparecido silenciosamente en la puerta del foro, atraída por la curiosidad, y ha oído las últimas palabras.

CAS. (Eso es un duelo! Voy á participárselo á la reina.)

Váse.

GUR. (Imperturbable.) Debo participaros que me disgustan los mequetrefes afeminados, que gastan el tiempo en vestirse y en rizarse el bigote, que se introducen en las casas y enamoran á las damas dirigiéndolas miradas tiernas, pero que se desmayan en cuanto reciben un simple rasguño.

RUY. No os comprendo!

GUR. Pues fácil es entenderme: los dos deseamos lo mismo; por lo tanto, uno de los dos sobra en palacio. Vos sois escudero y yo mayordomo; tenemos iguales derechos, pero nuestra posición no es

la misma; yo tengo el derecho de la antigüedad y vos el de la juventud; en una palabra, me estorbais. Sois demasiado jóven, demasiado gallardo y demasiado tierno, y es preciso que os mate.

RUY. Si podeis.

GUR. Conde de Garofa, mañana al salir el sol, en el sitio que os he indicado, sin criados ni testigos, nos batiremos, si os parece; con espada y daga, como corresponde á dignos gentiles-hombres, descendientes de ilustres familias. (Dá la mano á RUY BLAS y éste la acepta.) Que nada se sepa de cuanto hemos hablado.

RUY. Nada se sabrá. Hasta mañana. Váse.

GUR. No le tiembla la mano; y no le tiembla, estando seguro de que ha de morir; debe ser bravo ese jóven.)

Abren con la llave la puerta del cuarto de la REINA.

Abren esa puerta.

Sale la REINA y corre hácia D. GURITÁN, llevando en la mano la caja de las reliquias.

ESCENA V.

D. GURITÁN y la REINA.

REINA. (Sonriendo.) Os voy buscando.

GUR. No me esperaba tanto honor.

REINA. (Dejando la caja sobre la mesa, sonriendo.) Pues os buscaba, porque me estaba apostando Casilda hace pocos momentos—las mujeres somos locas—que érais capaz de hacer por mí todo cuanto yo quisiera.

GUR. Ha dicho la verdad.

REINA. Pues, amigo mio, yo sostenía lo contrario.

GUR. Casilda estaba en lo cierto.

REINA. Decía que por mí verteríais la sangre y perderíais la vida.

GUR. Decía bien.

REINA. Yo afirmaba lo contrario.

GUR. Estoy dispuesto á perderlo todo por vuestra majestad.

REINA. Todo?

GUR. Todo.

REINA. Pues jurad que por complacerme hareis al instante lo que yo os pida.

GUR. Os obedeceré; mandad.

REINA. Pues saldreis inmediatamente de Madrid, os llevareis esa caja, que para mí es sagrada, y se la entregareis á mi padre, el elector de Neuburgo.

GUR. (Me ha cogido en la trampa.) He de ir á Neuburgo? ¡A seiscientas leguas de aquí!

REINA. No hay más que quinientas